

Cara de pan

Sara Mesa

El Cultural – Ascensión Rivas – 21 de septiembre de 2018

Si tuviéramos que calificar con un solo adjetivo *Cara de pan*, el más adecuado sería "inquietante" porque, sin duda, inquietud es la sensación que permanece después de haber leído esta breve novela. La narrativa de su autora, Sara Mesa (Madrid, 1976), cuenta con ciertas marcas que la identifican: una escritura desnuda exenta de artificiosidad; una base cuentística -sus obras largas tienen la intensidad de los textos cortos por su concentración y porque cada elemento supura sentido-; y la ya citada inquietud, entendida también como desasosiego, conmoción, sorpresa desazonante, miedo ante lo que la realidad esconde y puede llegar a significar.

Así lo atestiguan textos como *Cuatro por cuatro* (2012), finalista del Premio Herralde de Novela; *Cicatriz* (2015), Premio Ojo Crítico de Narrativa, o el volumen de relatos *Mala letra* (2016). Mesa sabe bien lo que escribe y en sus obras bucea con aparente sencillez en el sentido oculto de las cosas para que el lector reflexione sobre lo que normalmente pasa inadvertido, aunque esté ahí, a veces escondido, a veces no tanto.

Cara de pan, su última entrega, es una novela corta que tiene su germen en el relato "A contrapelo" como la propia Mesa aclara en la "Nota de la autora" que cierra el libro. La minuciosidad con la que se cuentan ciertos detalles, la concentración de la historia y su tono general hacen pensar en el cuento desde el principio, pero la envergadura que lentamente alcanzan los personajes y el volumen global del texto la sitúan en este otro ámbito del espectro genérico, no demasiado transitado en nuestra literatura.

Mesa ha escrito un pequeño libro importante, una historia llena de metáforas que bordea el abismo de lo establecido

Cara de pan cuenta una historia aparentemente simple. Una niña de rasgos ya preadolescentes, atraviesa una crisis de identidad y un buen día decide no volver a clase. Sufre acoso en el instituto porque ni su aspecto ni su actitud coinciden con el estándar establecido: es gorda, unos granos impertinentes salpican sus brazos, es introvertida y no tiene novio. Todo su aspecto se resume en el humillante mote que le ha puesto Marga, la listilla del grupo, cara de pan, donde la cara funciona como "símbolo de todo un cuerpo, de toda una entidad". Durante las horas que debería estar en clase, la niña se refugia en un parque, dentro de un espacio recogido al que se accede atravesando un seto.

Un día se encuentra con un hombre con el que poco a poco entabla conversación hasta que se hacen amigos. Los dos son unos desclasados, están

fuera de lo que se considera normativo; ella es una niña rara y él es un viejo de elegancia trasnochada que va siempre con la misma ropa, ya sucia, y con "la misma expresión de asombro y pudor", un hombre al que le cuesta articular las palabras y cuya actitud resulta chocante. Los dos crean un mundo que no sobrepasa el cercado tras el que se ocultan mientras se van conociendo y hablan de pájaros y de Nina Simone, las dos pasiones del viejo. En ese espacio propio y ajeno a todo lo demás, él decide llamarla *Casi* (de casi catorce, porque ella todavía no ha alcanzado esa edad) y ella a él Viejo, un término que en su relación carece de connotaciones negativas. Desde el principio, Casi nota que el viejo es un tipo raro, aunque no sabe calibrar el alcance de su singularidad, pero le parece que puede fiarse de él, aunque sabe, porque lo tiene instalado en su imaginario, que la amistad entre un viejo y una niña no es normal.

Con *Cara de pan*, Sara Mesa ha escrito un pequeño libro importante que invita a pararse y reflexionar sobre la realidad que nos atrapa, una historia llena de metáforas que bordea el abismo de lo establecido y nos obliga a pensar sobre la lógica interna -aparentemente loca- de las cosas y sobre lo que socialmente se considera correcto. También sobre el acoso adolescente, la maduración personal y lo distinto que es el mundo cuando se mira sin el conocimiento y los prejuicios adultos, con los ojos del niño que fuimos y algunos todavía son.

"Cara de pan", la turbadora historia de una adolescente y un cincuentón, llamada a ser el libro del año

El Diario.es – Carmen López – 28 de octubre de 2018

La última novela de la escritora madrileña narra la relación entre una chica de 13 años apodada Cara de pan y Viejo, un hombre de 50 con el que comparte su particular refugio

"No me esperaba esta acogida. Pero no por el tipo de novela que es, sino por el tipo de escritora que soy yo", reconoce la autora Sara Mesa

Tiene 13 años y va para 14, ya roza la entrada triunfal a la adolescencia, el fin absoluto de la infancia, y su vida no es fácil. De hecho, es fea, incómoda y agotadora: no soporta el ambiente del instituto, ni su cuerpo ni a ella misma por esa incapacidad para encajar en el sitio que le ha tocado vivir. Y es la coprotagonista de *Cara de pan*, la novela de Sara Mesa (Anagrama, 2018) que tiene todos los puntos para convertirse en el libro del año.

Viejo, un hombre que supera la cincuentena y siempre va con traje, aunque no trabaja, le da la réplica. Entra en su vida por casualidad, porque también se cobija en ese parque en el que casi pasa los días en lugar de ir al instituto. Y en ese espacio propio detrás de un seto, en el que no entran más personas, crean su propia realidad. Confortable para ellos, pero cada vez más turbadora para el lector según va pasando las páginas.

Aunque la novela se desarrolla en la actualidad, la autora no hace referencia a elementos básicos en la vida de un adolescente de hoy en día, como las redes sociales. En un personaje casi, inadaptado y vulnerable, serían importantes tanto por lo que le ocurre en ellas tanto por no estar presente, lo que también indicativo de algo. Mesa lo explica a eldiario.es por e-mail: "La novela se desarrolla en una especie de limbo, o como ellos lo llaman, en un refugio, donde los personajes pueden tener una vida paralela. Cara de pan plantea el problema de la privacidad, así como las perversiones del grupo. Las redes sociales aquí no tienen cabida. Si existen, es fuera del parque".

La escritora escoge a dos personajes muy lastimados para que protagonicen su libro. Ambos generan sentimientos que se mueven en un arco que va de la pena al enfado. "Como a muchos otros escritores, me interesan los antihéroes. No es una premisa que me ponga de partida, pero cuando ves a ciertas personas y atisbas en ellas una herida ¿Acaso no te preguntas cuál es la historia que llevan detrás? Eso para mí es también una forma de escritura".

No es fácil identificarse con los protagonistas - "Está claro, doctor, que usted nunca ha sido una niña de trece años", como dice Cecilia Lisbon en Las vírgenes suicidas- aunque el lector o la lectora hayan vivido alguna situación parecida o haya sentido algunas de las emociones que se cuentan ¿No hay nada de la escritora en ellos? "Todos mis personajes tienen algo autobiográfico, incluso aunque yo no sea consciente de ello. Este autobiografismo tiene poco que ver con los hechos narrados. Es algo más relacionado con la forma de mirar, de actuar. No puede racionalizarse".

Una manera de ver el mundo

Mesa nació en Madrid en 1976, aunque pronto se mudó con su familia a Sevilla, donde sigue viviendo. Empezó escribiendo poesía y ganó el Premio Nacional Fundación Cultural Miguel Hernández con su primer poemario *Este jilguero* agenda en 2007. Desde entonces ha ido acumulando galardones, entre ellos el de finalista del Premio Herralde de novela por *Cuatro por cuatro* en 2013. *Cicatriz* (Anagrama, 2015) le valió el Premio Ojo Crítico de Narrativa y el beneplácito de la crítica, que ya se ha rendido a los pies de su prosa con su último trabajo.

"No me esperaba esta acogida. Pero no por el tipo de novela que es, sino por el tipo de escritora que soy yo", dice. *Cara de pan* no es una novela fácil: una relación íntima entre una adolescente y un hombre adulto lleva casi implícito un problema -aunque no tenga nada que ver, es imposible no pensar en Lolita de Nabokov- pero lo perverso está en la mente de quien la lee, que constantemente está esperando a que pase algo malo, algo sexual.

La escritora no empezó a serlo hasta que llegó a la treintena, una edad tardía en una época en la que la industria está perpetuamente a la busca de nuevos



(y jóvenes) autores. "Mi escritura parte de un proceso que tiene mucho de intuición, búsqueda interna, memoria y onirismo. Jamás podría decir que escribo historias que se me ocurren. No confío en la imaginación, como si las historias estuviesen ahí fuera esperando que lleguen a nosotros. Así que antes de los 30 supongo que acumulaba material vivencial, simplemente".

Sus últimos trabajos han llegado en un momento en el que el movimiento feminista está en plena ebullición y desde el ámbito cultural se está luchando por dar visibilidad a las autoras. Considera que estas acciones son necesarias: "Se están recuperando figuras fundamentales que la historia literaria había dejado fuera. Y se está apoyando a nuevas voces, un apoyo también necesario porque aún no hay igualdad real".

De hecho, en un artículo sobre la mujer en las letras publicado en este medio con motivo del *Día de las escritoras* el 15 de octubre, señaló la diferencia entre la percepción que se tiene del tema y la realidad: "Estamos todavía tan desacostumbrados a ver a mujeres en ciertos ámbitos que, cuando están, saltan mucho a la vista".

Cuando una ola toma tanta fuerza como la que ha alcanzado el feminismo en los dos últimos años se somete a la mirada exhaustiva de los críticos que buscan el fallo. Por supuesto, el mundo de la literatura no iba a librarse del escrutinio y la pregunta sobre si se está encarando de manera correcta aparece intermitentemente. Sara Mesa responde con seguridad: "¿Se está haciendo bien? En líneas generales, sí. Claro que puede haber errores, nombres que se destaquen y en realidad no sean tan destacables, pero esto ha pasado también con los hombres y no se ha puesto tanto la lupa sobre ello".